

2015

Luna de la cosecha: Revista de escritura creativa

Follow this and additional works at: <https://digital.kenyon.edu/luna>

 Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#)

Recommended Citation

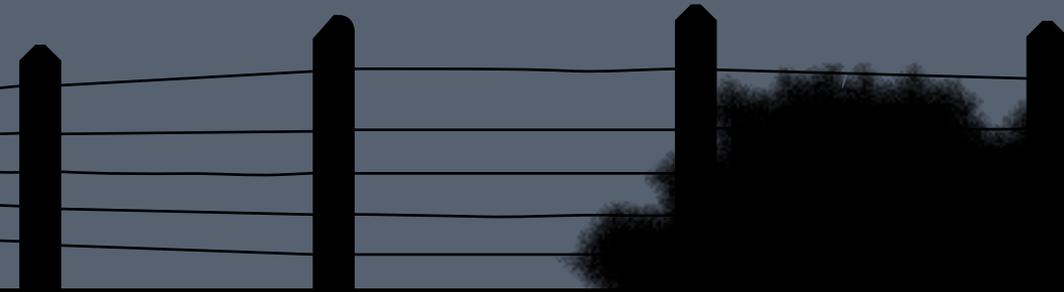
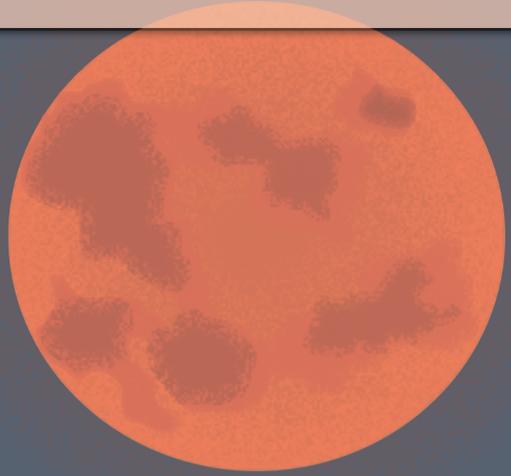
(2015) "Luna de la cosecha: Revista de escritura creativa," *Luna de la cosecha*: Vol. 2 , Article 1.

Available at: <https://digital.kenyon.edu/luna/vol2/iss1/1>

This Full Issue is brought to you for free and open access by the Modern Languages and Literatures at Digital Kenyon: Research, Scholarship, and Creative Exchange. It has been accepted for inclusion in Luna de la cosecha by an authorized editor of Digital Kenyon: Research, Scholarship, and Creative Exchange. For more information, please contact noltj@kenyon.edu.

Luna de la cosecha

revista
de escritura
creativa



Kenyon College
Departamento de Lenguas y Literaturas Modernas
Número 2 - Primavera 2015

Introducción

Luna de la cosecha es una revista literaria del Departamento de Lenguas y Literaturas Modernas en Kenyon College. Kenyon tiene una gran tradición como un líder en los estudios literarios. Esta revista fue concebida como un lugar en el que los estudiantes podrán publicar sus obras de escritura creativa en español. A lo largo de este año, un comité de estudiantes y profesores del español ha colaborado para realizar la publicación.

Además de esta publicación impresa, puede visitar nuestro sitio de web **luna.kenyon.edu** para ver la versión digital, participar en nuestro foro y explorar nuestro archivo.

¡Entrega su escritura creativa a la próxima edición de *Luna de la cosecha*! Aceptamos prosa, poesía, traducciones, arte, video, y música. También, la entrega de obras ya escritas para clases de español está muy promovida. Por favor, manda su trabajo a **lunakenyon@gmail.com**.

¡Gracias por su interés y esperamos que disfruten de la segunda edición de *Luna de la cosecha*!

Personal:

Editor: Celine Aenlle-Rocha
 Diseñador: Hetty Borinstein
 Asesorador: Profesora Sarah Finley

Índice

Anne Malkoff	
Silencio [texto original].....	3
Silence [traducción].....	4
Celine Aenlle-Rocha	
La gallina revolucionaria.....	5
Hetty Borinstein	
Medusa.....	6
Eli Redfern	
La señora Dalloway [original y traducción].....	7
Morgan Harden	
Corro.....	11
Eliza Blum	
1. Artritis.....	12
2. Mamá Laura.....	contraportada

Silencio

Todo por ser dicho. Sin embargo, no se asoma siquiera un indicio de la voz. El latido del entorno me susurra lamentos. Encontrar una palabra, la palabra precisa en el instante justo, es arar con las manos un desierto de polen. Una vocal suspira. Una ventana clama, a lo lejos, por que la nombre apenas un grito de nadie. Un labio resbalándose en el filo de otro labio. Una lengua empujando improperios al abismo. De los tristes es la imagen y el abecedario. Del solitario ebrio los idiomas de colores, el sentido del adentro y el afuera. Todo por ser cantado, para que de una vez exista. Todo por ser contado y no llegan las palabras. El mundo es un desastre por llegar a ser.

Silence

Everything left to be said. Yet, there's not even a hint of the looming voice. The environment's heartbeat, whispering lamentations to me. To find a word, the precise word at the right moment, is to plow a desert of pollen by hand. A vowel sighs. A window cries, afar, so a call from nobody barely names it. A lip slips on the edge of another lip. A tongue pushing expletives to the abyss. For the forlorn it's the image and the alphabet. For the lonely drunken man, the colorful languages, the sense of inwards and outwards. Everything left to be sung, so that it finally exists. All to be told and the words don't come. The world is a disaster waiting to happen.

La gallina revolucionaria

El día que llevaron a mi abuelito a la carcel, cantó como la pájara revolucionaria que había oído cacareando en la madrugada. Era mala suerte oír una gallina cacarear como un gallo pero mi abuelo actuó rápido. Dejó la gallina decapitada. La sangre fermentaba debajo de las uñas.

Pero mi querido, querías saber sobre las revoluciones. Son nacidas y alimentadas como tú y yo. Sus gritos flotan por las chimeas hasta que la ciudad se agacha y se esconde del ruido.

Y la gallina, me dices. ¿Qué sobre la gallina? Bueno, cuando se murió la gallina la sangre fumó del cuerpo plumado. El cielo se profundizó tanto que aunque eran las ocho de la mañana todos creían que era el atardecer. Olieron la rojez en el aire.

Mi abuelo fue llevado a la carcel. “Soy revolucionario, como ustedes,” les dijo. “Viva la revolución.”

Hoy nadie reconoce que mi abuelo fue revolucionario joven y que luchó por su patria con otros patriotas. Nadie reconoce los meses que pasó en la carcel sin justificación.

En vez, reconocen la sangre de la gallina que impregnó el país. Entonces querido, ¿qué puedes decir ahora sobre las revoluciones?

Por Celine Aenlle-Rocha

Medusa

Medusa, ¿convertiste a tus enamoradas en piedra?
¿Lloraste por las caderas del granito?
¿Incluso cuando estrellaste los cuerpos rígidos
de los que te quisieron matar?

Él te mató por espejo, Medusa.
Te castigó por verte a sí misma.
Formuló tu sexualidad como serpentina.

Y, Diosas, estaba tan orgulloso de vencerte.
Siempre tienen orgullo.

Medusa, tengo miedo.
No poseo tu armadura viva
pero los hombres todavía manejan los espejos.

Por Hetty Borinstein

Mrs. Dalloway

Mrs. Dalloway said she would buy the flowers herself.

For Lucy had her work cut out for her. The doors would be taken off their hinges; Rumpelmayer's men were coming. And then, thought Clarissa Dalloway, what a morning — fresh as if issued to children on a beach.

What a lark! What a plunge! For so it had always seemed to her, when, with a little squeak of the hinges, which she could hear now, she had burst open the French windows and plunged at Bourton into the open air. How fresh, how calm, stiller than this of course, the air was in the early morning; like the flap of a wave; the kiss of a wave; chill and sharp and yet (for a girl of eighteen as she then was) solemn, feeling as she did, standing there at the open window, that something awful was about to happen; looking at the flowers, at the trees with the smoke winding off them and the rooks rising, falling; standing and looking until Peter Walsh said, "Musing among the vegetables?" — was that it? — "I prefer men to cauliflowers" — was that it? He must have said it at breakfast one morning when she had gone out on to the terrace — Peter Walsh. He would be back from India one of these days, June or July, she forgot which, for his letters were awfully dull; it was his sayings one remembered; his eyes, his pocket-knife, his smile, his grumpiness and, when millions of things had utterly vanished —

Por Virginia Wolf

La señora Dalloway

La señora Dalloway dijo que ella misma compraría las flores.

Porque Lucy ya tenía bastante trabajo para hacer. Las puertas serían quitadas de sus bisagras; los hombres de Rumpelmayer iban a venir. Y entonces, pensó Clarissa Dalloway, qué mañana — fresca como si fuera repartida a niños en la playa.

¡Qué risa! ¡Qué salto! Porque siempre le había parecido así cuando, con el chirrido de las bisagras, las cuales podía oír ahora, de golpe ella había abierto las ventanas francesas y había saltado al aire libre de Bourton. Qué frescura, qué calma, por supuesto más tranquilo que esto, el aire a los principios de la mañana; como el golpe de la ola; el beso de la ola; frío, cortante pero todavía (para una chica de dieciocho años como era) solemne, haber sentido como ella, de pie frente la ventana abierta, que algo espantoso iba a suceder; mirando las flores, el devanar del humo por los árboles y el subir, caer de las rocas; de pie y mirando hasta que Peter Walsh dijo: "¿a cavilar por la huerta?" — ¿cómo era? — "prefiero a los hombres sobre coliflor" — ¿cómo era? Él lo habría dicho sobre el desayuno algún día cuando ella había salido a la terraza — Peter Walsh. Él volvería de India algún día, por junio o julio, ella se había olvidado cuándo, porque sus cartas eran espantosamente pesadas; fueron sus expresiones de que uno se acordaba; sus ojos, su navaja, su sonrisa, su mal humor y, cuando estas miles de co-

Traducido por Eli Redfern

how strange it was! — a few sayings like this about cabbages.

She stiffened a little on the kerb, waiting for Durtnall's van to pass. A charming woman, Scrope Purvis thought her (knowing her as one does know people who live next door to one in Westminster); a touch of the bird about her, of the jay, blue-green, light, vivacious, though she was over fifty, and grown very white since her illness. There she perched, never seeing him, waiting to cross, very upright.

For having lived in Westminster — how many years now? over twenty — one feels even in the midst of the traffic, or waking at night, Clarissa was positive, a particular hush, or solemnity; an indescribable pause; a suspense (but that might be her heart, affected, they said, by influenza) before Big Ben strikes. There! Out it boomed. First a warning, musical; then the hour, irrevocable. The leaden circles dissolved in the air. Such fools we are, she thought, crossing Victoria Street. For Heaven only knows why one loves it so, how one sees it so, making it up, building it round one, tumbling it, creating it every moment afresh; but the veriest frumps, the most dejected of miseries sitting on doorsteps (drink their downfall) do the same; can't be dealt with, she felt positive, by Acts of Parliament for that very reason: they love life. In people's eyes, in the swing, tramp, and trudge; in the bellow and the uproar; the carriages, motor cars, omnibuses, vans, sandwich men shuffling and swinging; brass bands; barrel organs; in the triumph and the jingle and the strange high singing of some aeroplane overhead was what she loved; life; London; this moment of June.

sas se habían desaparecido por completo — ¡qué curioso — sólo le quedaban algunas expresiones sobre verdura.

Ella se puso un poco recta en el bordillo, para esperar el paso de la furgoneta de Durtnall. Una mujer encantadora, Scrope Purvis pensaba de ella (por conocerla como se conoce a alguien de la puerta al lado en Westminster); ella tenía pinta de pájaro, del arrendajo, verdeazulada/de verde azul, ligera, animada, aunque tenía más de cincuenta y se había puesto muy pálida desde su enfermedad. Allí se posó, sin haberlo visto a él, esperando para cruzar, muy erguida.

Porque por haber vivido en Westminster — ¿cuántos años hará? más que veinte — uno se siente, aún entre el tráfico o al despertarse por la noche, Clarissa era optimista, un cierto silencio o solemnidad; una pausa sin explicación; un suspenso (pero a lo mejor eso será su corazón, afectado, así dijeron, por la influenza) antes de que suena Big Ben. ¡Allá! Así retumbó. Primero, la advertencia; musical; y después la hora, irrevocable. Los círculos plomados se deshicieron en el aire. Qué tontos somos, pensó, al cruzar la calle Victoria. Porque sólo sabe Dios por qué uno lo ama tanto, por qué uno lo vea así, imaginarlo así, rodarse con él, derribarlo, hacerlo de nuevo cada momento; pero los varios vagabundos, los más miserables sentados (bebiendo sus caídas) hacen lo mismo; no hay nada para hacer, se sentía optimista, no por los Actos del Parlamento, sino por la misma razón: les encanta vivir. En los ojos de la gente, en el ritmo, la recorrida y la marcha ardua; en el grito y el alboroto; los jinetes con sus coches, los carros, los autobuses, furgonetas, el hombre del cartelón andando y arrastrando; las bandas de bronce; los organillos; en la triunfa y la melodía y el raro canto de algún aeroplano volando arriba eran lo que gustaban más; Londres; este momento en junio.

Corro

Desconfianza tira a mis tacones,
aún no he empezado, pero
mi cuerpo ocupa la cadencia familiar.
Corro tan rápido que mi aliento se convierta en una oración,
el polvo que se eleva de mis pies se convierta en incienso
y los hierbajos que se menean en la fantasma del movimiento
mío
doblan sus espaldas en el culto por
el dios de supervivencia
o cobardía
o los dos.
Corro tan rápido que nada me persigue,
todo se cae de mi piel y está enterrado.
Corro hasta que mis pies ya no puedan palpar la tierra,
hasta que mis oraciones se conviertan en conjuros,
mi incienso en cenizas,
y mi dios en un pensamiento perdido.

1. Artritis

Mamá Sonia se hundía
en la mesita y decía
¡pucha, estoy aaarta!

Siempre en la misma silla
empujando alguna tarta
con su té de manzanilla en un tazón,
y ojos con la sombra de depresión

bolsitas de mate
bolsitas de sueño

Y mi mamá
quejándose de algún *huevón*.

2. Mamá Laura

Se puso las manos en
la mesa redonda de mi corazón
y nos dijo

*Ay pues,
bailemos.*

Y sin esperar
el resto de las
Pitucas limeñas
empezó a mover sus caderas
llenas de cariño y
pura calidad,
sobre la noche mojada.

Mamá Laura me calentaba
como el único día de cielo mágico
en que el sol quemó el Gris
y la espuma en las olas indecisas
se negó compartir su color.

Me tomaba en sus brazos
esa Mάma Laura
y con el pecho abierto a
la vida y *la gringada*
a ser mujer
sin marido
con hija
en Lima

me envuelve en su
maternidad
hasta la muerte o
por lo menos
la madrugada.

Por Eliza Blum